



Naturalmente, también las dictaduras de izquierda tienen su conformismo, distinto en cuanto al origen, pero sustancialmente igual en los reflejos psicológicos e individuales. Es cierto: el origen de la dictadura fascista es la conservación, mientras que el origen de las dictaduras proletarias es la revolución. Pero el proceso psicológico es idéntico y, a través de él, el individuo se ve acosado, presionado, arrollado por las masas y llevado inevitablemente a sentir su propia personalidad como una culpa y a buscar la liberación del sentido de esta culpa a través del confor-

mismo. Naturalmente, en las dictaduras de izquierda, la relación entre el individuo y el régimen puede ser ideológica y no conformista; esto no sucedía en las dictaduras fascistas y sus pseudoideologías. Pero siempre que haya violencia habrá conformismo.

Pero dado que es muy difícil, por no decir imposible, que las dictaduras de izquierda, que son siempre regímenes de masas, no se presenten con un halo de violencia con respecto a los individuos, la violencia colectiva provocará el conformismo individual. ■

rededor el suyo propio, pequeño o grande, en el círculo de admiradores y en el de lectores, que lo confrontan en la lucha muchas veces cansadísima, por ser constantemente «distinto». Existen los conformistas del pasado que saben decir cosas maravillosas, aunque repetidas; los conformistas del presente, más domésticos y afectuosos, y los iracundos o proféticos conformistas del futuro. Estos canijos, peleones, huesudos y roncacos sirven de eslabón de los conformistas venideros, de un pasado que ha de volver: la legión de los jovencitos del año dos mil, enfrascados en los textos que los actuales conformistas rechazan.

Pero los conformistas de la literatura no se limitan a leer, a tomar partido con incauta pasión por unos u otros anticonformistas; ellos también escriben. Desde este punto de vista son, pura y simplemente, la historia de la literatura. En mil años, ¿cuántos grandes se podrán reunir? ¿Veinte, treinta? ¿Y el resto? El resto son ellos. ¿Qué es el siglo XVIII, el barroco, el naturalismo? Nada más que una legión de conformistas. Leían a Marino, a Voltaire o a Zola y reconocían su vocación, humillada y eterna, de coagularse en forma de plancton, en formas continentales, de constituirse en capítulos de la historia de la literatura. Y esto no es una cosa fácil y vulgar. Pensemos en la alegría anónima de los petrarquistas, en sus vidas difuminadas en algunas docenas de sonetos, en canciones extrañas y un tanto capciosas; y para comprender hasta qué punto este conformismo es algo superior y, al mismo tiempo,

fatal, consideremos cuántos y cuántos de los «grandes» empezaron su carrera padeciendo lo que los críticos llaman «influencias», y padeciéndolas, precisamente, como conformistas. Quienquiera que haya leído una Historia de la Literatura, una historia científica, naturalmente, sabe que, aparte de los grandes, la Historia está formada por hombres de segunda fila, por corrientes, por épocas, por influencias. Multitudes, tribus, batalladoras aunque irregulares milicias de individuos anónimos o ligeramente fuera del contorno de su nombre, pero obedientes a un prestigioso, tal vez inmortal, apellido colectivo. Estos son los servidores de la literatura y su lugar está junto a los grandes, al igual que los bufones devotos o cortesanos, muchas veces levemente deformes, se amontonan junto al marco de los cuadros votivos de santos y héroes, dispuestos a salirse, en cualquier momento y para siempre.

El conformismo literario no aspira al poder y sabe que no merece la gloria: su devoción es más dramática y desgraciada. Ellos quieren un fragmento de inmortalidad delegada, quedarse estancados en el centro de una verdad imperecedera. El conformista literario es un cleptómano de objetos sagrados que maneja con clandestina piedad. El es quien todas las tardes, desde tiempos de Orfeo, organiza el dulce té de las cinco para las musas, excéntricas e insolentes señoras. Si no fuera por ellos, la literatura sería una selva inhóspita y arcaica, poblada de reptiles y paquidermos ruidosos y maleducados: los genios. ■

## EL ESCAPISMO DE LA ERUDICION

GIORGIO MANGANELLI

Es obvio que los conformistas son, bajo todos los puntos de vista, seres despreciables. La costumbre establece que se hable de ellos con desdén, cuando no con sarcasmo o simplemente con desagrado. Rara vez se merecen el odio, sentimiento viril y solemne, aunque éste se nutra de un folklore usurpado o de una vacía pasión ideológica. Hay que señalar que los conformistas nunca piensan o, por lo menos, nunca piensan con su propia cabeza. Vive en una condición de eterna virginidad fecunda, en medio de pensamientos siempre nuevos y suyos, meditados y sufridos con gran dificultad. El conformista es un cobarde, un esbirro obediente de los designios del poder; y de esta forma, el anticonformista se complace, y con toda la razón, de sus propios bíceps morales, de un tórax ensanchado por toda una vida de matutinos ejercicios de imperativo categórico. En definitiva, el conformista no es exigente ni siquiera al nivel de los sentidos, ya que incluso su ojo y su paladar ven y gustan solamente lo que les permite su degradada obediencia. En definitiva, el conformista es el resultado de

un fatigoso compromiso entre lo humano y la pura y simple nada, y, como suele suceder con todos los compromisos, no satisface a ninguna de las partes. Y aquel que no establece compromisos, que no participa de la nada, se reconoce a sí mismo por lo que es: un lobo solitario.

Confieso que no me siento a la altura de la tarea; no osaría enfrentarme al destino o al mundo con el pecho descubierto, y los amigos que me han llevado a su lado en coche saben que la cobardía es mi única cualidad en grado heroico. Un semáforo me postra en una humillante obediencia, ¡no hablemos de la Historia! Por lo tanto intentaré, más de acuerdo con mi personalidad, hacer una defensa del conformista, especialmente del que me es más conocido y al que mayor afecto tengo: el conformista literario. Tal vez me equivoque, pero esta es la gracia de la tierra de las musas. El compra los libros de los anticonformistas y los comenta favorablemente, los presta a amigos, a los que predispone a una indulgente lectura. Ya que se dan anticonformistas de toda clase y pelaje, cada uno tiene a su al-

## LA ESCALADA SOCIAL

CAMILLA CEDERNA

VIVIMOS tiempos en los que muchos ídolos se han derrumbado, muchos mitos han decaído especialmente los mundanos; por lo tanto, ha desaparecido la categoría de aquellos que sin pudor imitan, obsequiosamente admiran y rabiosamente bus-

can la compañía y la intimidad de los que se consideran en un escalón superior. En cambio, proliferan los que se siguen arrastrando ante quienes pueden ayudarles en su ascensión social, para después poder saborear la alegría sutil de ser un día insolentes con

las personas que ya no se necesitan. ¿Son «snobs» o trepadores? Son los conformistas mundanos.

Numerosísimos y obstinados, son, sin embargo, más inquietos que los de hace diez o veinte años que, como sus grandes modelos, no encontraban dificultad para realizar las tres operaciones indispensables para llegar a ser alguien: 1) Despreciar. 2) Excluir. 3) Escoger. Dada la actual confusión de valores (los reyes ya no tienen importancia; ciertos ricos vulgares, por el contrario, son muy importantes, y están en vía de extinción quienes han dictado la ley durante decenios), nuestros conformistas de hoy atraviesan casi todos una fase de neurosis que les puede llevar a la cura del sueño.

Sufren, evidentemente, una neurosis de selección: ¿A quién despreciar, a quién excluir, a quién escoger en medio del caos de nuestros días? ¿Hay que pasearse con la chica «african look», con el político del salón, con la jovencita que se gasta el dinero del baile de la puesta de largo en hacer un viaje a la Polinesia, con lo que queda de los «playboys» internacionales o con el aristócrata inteligente? ¿Y cómo llegar hasta una de esas hadas de los salones que, al parecer, siguen existiendo, inigualables en el arte de sugerir las dosis de un «cocktail party» y en hacer participar al ignorante en esas conversaciones llenas de nombres de pila y de frases reticentes que emplea la gente de «mundo»?

Es muy difícil, para el principiante, llegar a decidir, y debe, por lo tanto, limitarse a husmear a su alrededor, a permanecer en posiciones indefinidas hasta el último momento, para escoger la que, según él, es la combinación de «primera» (calidad), traicionando con ello a amigos de años, faltando a las promesas, construyendo montañas de mentiras.

Entonces él alimentará un fervor cortesano, una adoración casi demencial por quien es todavía maestro de ciencias mundanas, por quien se mueve con divina desenvoltura en el proceloso mar del «hombre de nuestros días», en el que impera, sobre todo, el placer de no estar nunca solos. Primero tiene que soportar el desprecio de este mundo, pero más tarde intentará copiar su libre y negligente elegancia y, con su ayuda, seguirá itinerarios fijos y antiguos (los mismos que siguió Galeazzo Ciano) que llevan a la caza del zorro, en la que siempre participan personajes reales y reyes que ya no son de actualidad. Pero Felipe de Edimburgo (que todavía está de moda) pasa por allí para ir a salvar el Parque Nacional de los Abruzos.

Para nuestro conformista, que

se somete al ritmo de vida del «hombre de nuestros días» (¿qué mejor vida que la constante ubicuidad a bordo de un avión privado, con mantas de visón y contemplando un Picasso?), la meta máxima en el campo femenino sigue siendo Jackie Onassis, porque es multimillonaria y porque hace cosas de cierto interés para los conformistas de hoy: un salto de Londres a Sorbeby para comprar un Klee, o a Viena para escoger entre cinco Klimt. ¿Cómo viste nuestro héroe? Sin el lujo de antes, sino de un modo casi severo. Terciopelo, pero sólo de día; jersey (con pantalones, naturalmente) a todas horas.

¿Cómo decora su casa? En un término medio, entre el retorno

a la «Bauhaus» y las películas de Fred Astaire (divanes blancos y mesas de mármol negro). ¿Su jerga? Llena de palabras extranjeras o traducidas de oído; «darling» está pasado de moda, pero decir «la obra es osadísima» o «aburrida hasta la muerte», llamar «honorable» a la tonta honesta, son cosas que pueden hacer su efecto. ¿Y en cuanto al sexo? Aquí el conformista es anticonformista al máximo: total libertad en la materia, ninguna barrera, admite incluso el noviazgo entre señoras.

El conformista se encuentra finalmente con otro conformismo involuntario dentro de su vida: el hijo «contestatario», abundan-

te también en el «hombre de nuestros días» e incluso en la familia que, entre nosotros, es considerada como la expresión más alta de esa dorada sociedad. El retoño desaparece de casa durante tres días. Hasta que una mañana la madre siente un portazo impertinente, escucha a alguien que entra en el cuarto de baño y abre todos los grifos. Espera a que el hijo esté en la bañera para ir a regañarle, y cuando entra, un espectáculo insólito la hace enmudecer: dentro de la bañera está, rodeado de espuma, pero en compañía de una estupenda rubia, que con una sonrisa la saluda diciendo: «Good morning, madam. ■ C. C. Copyright EFE-L'Expresso.

# DESMORALIZACION Y CONFORMISMO MORAL

JOSE LUIS L. ARANGUREN

EN otras ocasiones he expresado la idea, válida incluso —y especialmente— para quien se sitúe en la Oposición, que consiste en relativizar, hasta cierto punto la trascendencia de la organización política como causa de los males presentes de España, y buscar su raíz en la actitud moral. Moral social, naturalmente, y materializado, por tanto, en las necesarias reformas socioeconómicas.

A mi juicio lo que falla, lo que viene fallando es el temple moral. El país casi entero está sumido en la desmoralización. Desmoralización en doble sentido de la palabra: pre-ético y ético. Los españoles se encuentran en baja forma moral, su moral está por los suelos, como suele decirse; han perdido la confianza en sí mismos y en su destino. Y correlativamente a esta pérdida de confianza, también —punto de vista estrictamente ético— las creencias morales mismas (en el sentido orteguiano de la palabra), el sistema de valores tradicionales está en crisis, y casi nadie se adhiere ya, sin reservas, a él. (La corrupción administrativa, ejemplificada a la vista de

todos por Matesa, no es sino manifestación externa de todo eso.)

¿Qué pasa entonces? Salvo algunos grupos regionales juveniles que —se comparta o no su actitud y su «creencia»— mantienen, o mantenían al menos hasta que sali, al principio de año, del país, su moral, y salvo —respetemos la *sancta simplicitas*— los que, de buena fe, sigan viviendo en la moral tradicional, aceptada en bloque, yo diría que los españoles se encuentran, de derecha a izquierda, en una de estas posiciones: 1) fanatismo, es decir, falta íntima de fe, subconsciente, reprimida y «tapada» con pasión ciega; inyectarse los ojos en sangre para así no poder «ver»; 2) falta de fe de quienes, prefiriendo, sin embargo, no replantearse el problema fundamental de su sistema de valores, se conforman con el establecido; 3) falta total y totalmente consciente de fe y entrega al cinismo de un acatamiento puramente externo del sistema moral vigente; y 4) puesta en cuestión del sistema establecido, «contestación» moral y búsqueda de una nueva moral.

Este último grupo, lo mismo que el de los «creyentes» al que antes hice alusión, es radical,

casi exclusivamente juvenil y minoritario. La «mayoría silenciosa» de los españoles no es crítica, en el sentido profundo de la palabra. Tampoco —por fortuna, es lo que nos faltaba— fanática. Ni, como antes decía —pues se trataba de un residuo tradicional a extinguir—, moral en seguro. La «mayoría silenciosa» de los españoles oscila entre la desmoralización y el conformismo. Han perdido toda «creencia» y confianza morales, carecen de toda confianza de lograr otra moral nueva, y se conforman con «ir tirando», consumir lo más que pueden —muchísimos, todavía muy poco; algunos, demasiado—, a la vez que se conforman a la ley moral vigente (como a la otra: no por convicción, sino por inercia, o por las sensaciones, legales o sociales, que acarrearía su violación de descubrirse).

La Oposición, obsesionada por la política, no sé si tiene conciencia suficiente de que el problema con el que tendría que enfrentarse si, por un milagro, el poder cayese alguna vez en sus manos, por ejemplo el de la instauración de un socialismo democrático, sería, antes que nada, en España, un problema moral. ■